



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Rebeldes Primitivos y Bandidos en la Edad Media

Autor:

Astarita, Carlos

Revista:

Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna

2013, 46, 145 a 170



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

REBELDES PRIMITIVOS Y BANDIDOS EN LA EDAD MEDIA

PRIMITIVE REBELS AND BANDITS IN THE MIDDLE AGES

Carlos Astarita

Universidad de Buenos Aires - Universidad Nacional de La Plata
CONICET

Fecha de Recepción: Octubre 2012

RESUMEN

Eric Hobsbawm ha estudiado gente prepolítica en tiempos en que el capitalismo y el Estado moderno se imponían sobre estructuras antiguas. En este artículo se muestra que las características de esos rebeldes primitivos y bandidos sociales también se dieron en la Edad Media. Entre ellos estuvieron los zapateros políticos. Se trata de explicar sus protestas en el contexto de su praxis social. Las fuentes de esta elaboración son fundamentalmente crónicas que corresponden a diversos lugares de la Edad Media.

ABSTRACT

Eric Hobsbawm has studied pre-political people at a time when capitalism and state imposed on ancient structures. This article shows that the characteristics of these social bandits and primitive rebels were also in the Middle Ages. Among them were political shoemakers. The article explores their protests in the context of their social praxis. The sources of this elaboration are primarily chronicles corresponding to various places in the Middle Ages.

Palabras clave

Hobsbawm – Rebeldes – Bandidos – Edad Media

Key word

Hobsbawm – rebels – bandits – Middle Ages

Introducción

Al examinar la sobrevivencia de modelos y prácticas del pasado en Época Contemporánea, Eric Hobsbawm descubrió masas y representaciones sociales que atravesaron el tiempo: eran sus ahora famosos rebeldes primitivos y bandidos sociales, presionados por una industria que nacía y un Estado que se modernizaba¹. Se trataba de jóvenes no instalados y sin familia, que en los márgenes de la sociedad agraria se aprovechaban de las debilidades del poder para rebelarse en movimientos inorgánicos o incursionar en el delito. No era cualquier delito sino un modo de protesta. Este aporte tuvo su cronología: en 1959 apareció *Primitive Rebels* y en 1969 *Bandits*. La llegada de estos pequeños libros en los que se develaba un comportamiento extraño para la sensibilidad moderna, encuentra su justo valor si se evoca el positivismo dominante y el dictamen sobre la “insensata” multitud precapitalista². Este artículo procura atestiguar esa enorme contribución de Hobsbawm, observando en la Edad Media las personas similares que estudió entre los siglos XVIII y XX. Pretende también homenajearlo ante su muerte, ocurrida el 1 de octubre de 2012.

No instalados

En la Edad Media se los ve en diversas ocasiones. Entre ellas está la conocida cruzada de los niños de 1212, un episodio que representa a los que se desplazaban por el mundo sin un viaje muy definido.

Sobre ellos conviene de entrada aprehender significados, porque en esa expedición (en realidad hubo dos, si así pueden llamarse, una de Francia y otra de Alemania) las palabras *puer* y *puella*, utilizadas para describir a sus miembros no eran aplicadas a jóvenes en un sentido biológico, sino a un grupo social inferior, retomando en cierto aspecto el sentido que el término había tenido en otros

¹ E. J. HOBSBAWM, *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, 1974; ídem, *Bandidos*, Barcelona, 1976.

² Ver, por ejemplo, una historiadora marxista que en 1980 todavía no captaba la racionalidad de una protesta social en, R. PASTOR DE TOGNERI, *Resistencias y luchas campesinas en la época de crecimiento y consolidación de la formación feudal. Castilla y León, siglos X-XIII*, Madrid, 1980, p. 133, afirmaba que los campesinos leoneses del siglo XII tuvieron “formas de lucha con mucho de irracionalidad, que se repiten en casi todas las acciones de violencia llevadas a cabo por grupos sociales de rango inferior o no principal”. El juicio negativo obedeció al comportamiento en la protesta: “comer y beber mucho y aun tirar, desperdiciar la comida”.

períodos³. Entre ellos podía haber adultos y casados⁴, referencia que se combina con la de pobres no establecidos que se trasladaban con su bolsa vacía⁵, y por lo tanto, con “jóvenes y hombres poco sensatos” (*pueris et stultis hominibus*), en el sentido de trotamundos que no han sentado cabeza, y que en agrupamientos de esas características encontraban un principio de socialización para constituir un estrato antisocial. Como puntualizó un especialista, esa expedición atrajo a pastores, obreros rurales y, probablemente, a artesanos rurales, todos demasiado miserables para casarse, y por ello más *pueri* o *puelle* por su posición social que por su edad⁶. En 1320 el episodio se repetiría con la cruzada de los pastorcillos, adolescentes menesterosos que en el sur de Francia y Aragón atacaron a gente del poder, entre ellos a sacerdotes y monjes con riquezas, y también a judíos⁷. Esa masa inorgánica nos presenta al más bajo de los rangos sociales del sistema feudal, y que por eso mismo se lo detecta por muchos lugares⁸.

Esos cruzados de la pobreza y del desarraigo, que justamente por ello soñarían con una Jerusalén celeste, eran los más pobres, privados de una verdadera familia, siempre mal instalados y sujetos a todo tipo de abuso. Es la caracterización que brindaba Froissart sobre los insurrectos ingleses de 1381, cuando comparaba su protesta con lo que *li Pastouriel* habían hecho antes: los consideró una turba ciega, que en su mayor parte no sabía qué demandar, y que simplemente unos seguían a otros como animales del rebaño⁹.

³ *Documentos de la catedral de León*, edición, E. Sáez, *Colección documental del archivo de la catedral de León (775-1230)*, 1, (775-952), *Fuentes y estudios de historia leonesa*, N° 41, León, 1987, N° 43, año 917, se mencionan en una villa, “duos pueros qui custodiebant uakas C et oues C, nomina de ipsos pueros Sarrazinus et Daude et Heacale”. Se trataba de pastores no libres de origen moro; el término no denota edad sino condición social. Debe advertirse que en Italia los “garzoni” eran “chicos” independientemente de su edad.

⁴ *Annales Marbacenses*, edición, H. Bloch, *Annales Marbacenses qui dicuntur. (Crónica Hohenburgensis cum continuatione et additamentis Neoburgensibus)*, *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores rerum germanicarum*, Hannover y Leipzig, 1907 p. 82: “de utroque sexu pueri et puelle, non solum minores, sed etiam adulti, nupte cum virginibus”.

⁵ *Annales Marbacenses*, p. 82: “euntes vacua crumena”.

⁶ G. DICKSON, “La genèse de la croisade des enfants (1212)”, *Bibliothèque de l'École des Chartes*, Vol. 153, N° 1, 1995, pp. 54-102, pp. 60 y s.; 87.

⁷ D. NIRENBERG, *Comunidades de violencia. La persecución de las minorías en la Edad Media*, Barcelona, 2001, pp. 67 y s.

⁸ *Annales Marbacenses*, la alusión de que se desplazaron por muchos lugares puede interpretarse como una alusión a la generalidad del fenómeno, p. 82: “non solum per totam Alemanniam, sed etiam per partes Galliarum et Burgundie [...] postquam hec stolidi multitudo pervenit ad partes Ytalie, diffusi sunt et dispersi per civitates et oppida”.

⁹ J. FROISSART, *Chroniques, 1380-1382*, 2, edición, G. Raynaud, París, 1897. p. 98

En las ciudades se presentaba una situación paralela, aunque no exactamente igual. Allí abundaban las personas mal ubicadas, muchos de ellos dependientes transitorios del taller artesanal. Pero mientras los cruzados del pueblo pobre o los pastorcillos encauzaron su irritación atacando por los caminos y conduciéndose por sí mismos, estos otros participaron de las luchas urbanas de los burgueses. Ello se encuadraba en un marco de heterogeneidad de la protesta que denota la comuna de Le Mans de 1063, formada por *cives* de condición social elevada y baja e incluso muy baja (*proceres una cum populo*)¹⁰. A ese proletariado que orillaba o se fundía con el lumpen proletario medieval se lo encuentra en el levantamiento burgués de Sahagún entre 1110 y fines de 1116, una lucha que retendrá nuestra atención en este artículo. El cronista distinguía allí a los «ricos» de «las personas muy biles»: curtidores, herreros, sastres, peleteros, zapateros y en un escalón social más bajo, los que se denominaban “hombres mancebos”, es decir, los que en sótanos («casas soterrañas») ejercían sus oficios¹¹. Estos sectores participaron de manera muy activa en la rebelión. Pero concentrémonos ante todo en los bandoleros que establecen muchas analogías con lo que Hobsbawm estudió.

Bandidos

Los que dieron el paso más drástico hacia la periferia social constituyeron bandas, como la que armó un artesano de Sahagún, de origen francés y peletero de oficio. Se convirtió durante la revuelta en jefe de malhechores especializados en el asalto a peregrinos¹². El fenómeno no era menor, a juzgar por lo que dice la crónica sobre que había “allegado a su compañía muchos semejantes trasgresores”, y por las estrategias que se idearon para contener sus acciones. Serían varios los que, al igual que ese artesano, estaban “desamparados del oficio”. Esa existencia precaria, en los resbaladizos bordes de la sociedad, lo empujó a no descartar el servicio del abad, resolución que la elite enriquecida de la villa, los burgueses, alentó para absorber un ingrediente disfuncional que la

¹⁰ H. AMMANN, “Vom Städtewesen Spaniens und Westfrankreichs in Mittelalter”, en, T. Mayer (dir.), *Studien zu den Anfängen des europäischen Städtewesens*, Stuttgart, 1965, pp. 105-150, ver, pp. 129-130.

¹¹ *Crónicas de Sahagún*, edición, J. Puyol y Alonso, “Crónicas Anónimas de Sahagún”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, N° 76, 1920, pp. 7-26; 111-126; 242-257; 339-356; 395-419; 512-519; N° 77, pp. 51-59; 161; Segunda Crónica, pp. 162-192, cap. 27 y 35.

¹² *Crónicas de Sahagún*, caps. 38 y 39.

perjudicaba¹³. No es nada improbable que en esa decisión haya influido el miedo que provocaba el bandido social en todos lados, según mostró Hobsbawm. En Sahagún esa actitud de la elite plebeya habla de incompatibilidad de objetivos, desde el momento en que los del burgo creían que esas personas no los favorecían, aun cuando debilitaran a su enemigo. La recomendación que por su parte tomó el abad siguiendo el consejo del arzobispo de Toledo fue ceder, con el convencimiento de que era preferible ofrecer “alguna parte que perderlo todo”. Esta resolución, y en especial el hecho de que el bandolero haya contemplado esa posibilidad, atestigua sobre una táctica adaptable a las circunstancias y esclarece sobre su amoral plasticidad. Pero sobre este plano, que lleva a una cualidad básica del tipo social, el de una ética dirigida a un fin redistributivo o a otra vulgarmente apropiadora, no sabemos si era el buen bandido de Hobsbawm, o sea el Robin Hood que le sacaba al rico para darle al pobre, o no. El tiempo relativamente largo que parece que delinquiró, y las dificultades que hubo para reducirlo, permiten suponer que contaba con protección del pueblo, además de la que le daba el monte. De otro modo no se habría mantenido sólo aprovechándose de la crisis política (que la había y era grave). Tampoco sabemos de su ideología, excepto lo que su conducta trasluce de antisistema, aunque sobre esto las informaciones de Hobsbawm pueden hacernos pensar que se conectaba con la de los campesinos. Es una consideración genérica, porque en éstos debería diferenciarse a los que estaban instalados en una posesión con renta y los que sólo tenían un pequeño espacio para vivir al día. Una ideología de esa naturaleza, es decir, campesina en la forma típica del que pagaba por su tierra, no era obstáculo en la Edad Media para que alguien deseara elevarse por la vía caballeresca, desde el momento en que la condición de labriego acomodado era una de las puertas de entrada al

¹³ *Crónicas de Sahagún*, cap. 38. A continuación de dar las características generales de ese pelletero que junto a “muchos semejantes trasgresores” se dedicaba a asaltar en los caminos, se dice: “E este, como le falleçiesen las cosas neçesarias al mantenimiento de su vida, recogiose a los burgeses de Sant Fagun pidiendoles gracia que le diesen consejo como podiese bebir; e luego ellos sin más tardança, [...] fueron todos al abbad, e [...] le rrogauan e aun aconsejauan que le ploguiese de le tomar en su compañía, e por quanto el era de su tierra, por amor dellos, que le diese mantenimiento e las cosas necesarias”. Para los burgueses no era en absoluto conveniente tener asaltantes en las afueras de la villa, que atacaban a peregrinos que iban a Santiago y a “qualesquiera otros caminantes”. Evidencia ese rechazo el cronista, idem, cap. 39: el abad y los monjes fueron en una ocasión asaltados, y cuando los burgueses se enteraron “demostraron auer yra contra los caualleros”. No fueron más allá de expresar un rechazo declamatorio al malhechor, y esta actitud la enfatiza el cronista para aludir tácitamente a su complicidad con los bandidos. En realidad mostraría la imposibilidad de desembarazarse de un grupo muy incómodo.

nivel inferior de la nobleza¹⁴. Hacerse caballero desde un lugar tan extremo se encuadraba en pautas que regían en esos tiempos.

Este tipo social no se limitaba a Europa, asunto sobre lo que Hobsbawm nos enseñó mirando en el mundo entero por estas personas. En áreas bajo dominación árabe islámica durante la Edad Media existieron los *'ayyarun*, nombre que evoca a los que estaban fuera de la ley, a menudo *fityyan* (literalmente jóvenes) que eran pobres sin ocupación fija o que ejercían los trabajos más humildes, aunque también había artesanos entre ellos, y que en los eclipses de la autoridad se dedicaban al robo¹⁵. Esta referencia inclina a atribuir la vigencia de este sector al conjunto de las formas socioeconómicas tributarias, y no sólo a las feudales. Todos eran mal situados del campo o de la ciudad, que huían de la civilización para atacarla desde una "exterioridad interna"¹⁶. Algunos se marchaban al vagabundeo agresivo, como harían los "niños" de 1212, y otros se transformaron en delincuentes, situación que se agudizó en los siglos XIV y XV, en correspondencia con mayores niveles de apropiación señorial del espacio¹⁷.

Con abstracción de su estatus originario, aquí, como en el caso de los *iuvenes* de la nobleza que estudió Georges Duby, el desarraigo generaba grupos belicosos que se situaban fuera de las normas convencionales¹⁸. Para muchos sería un estado transitorio; otros permanecieron como aventureros por largo tiempo o lo fueron para siempre. Un desprendimiento de esos no instalados de la nobleza

¹⁴ C. ASTARITA, "Sobre los orígenes de las caballerías en Castilla y León. Siglos X-XIII", *Olivar. Revista de Literatura y Cultura Españolas*, N° 10, monográfico, 2007, pp. 279-312.

¹⁵ C. CAHEN, *El Islam. Desde los orígenes hasta el comienzo del imperio otomano*, Madrid, 1972, p. 163 y s.; J. J. DONOHUE, *The Buwayhid Dynasty in Iraq 334 H./945 to 403H./1012. Shaping Institutions for the Future*, Leiden, 2003, pp. 338 y s.

¹⁶ Este concepto es una apropiación un tanto libre del criterio utilizado por, J. MERRINGTON, "Ciudad y campo en la transición del feudalismo al capitalismo", en, R. Hilton (ed.), *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, 1982, pp. 238-276, para dar cuenta de la ubicación del mercader en la economía del feudalismo. La expresión aplicada al marginal da cuenta de un fenómeno originado en la dinámica del sistema, pero que éste sólo incorpora a medias, y por eso es tan funcional a la reproducción económica (en la medida en que se lo utiliza en calidad de trabajador temporal) como disfuncional e inestable. De todos modos, esto implica graduaciones. Muchos asalariados pobres del burgo tenían un superior nivel de integración que otros con trabajos meramente ocasionales.

¹⁷ Ver, B. GEREMEK, *Les marginaux parisiens aux XIVe et XVe siècles*, París, 1976. También, ASTARITA, *Del feudalismo al capitalismo. Cambio social y político en Castilla y Europa Occidental, 1250-1520*, Valencia y Granada, 2005.

¹⁸ G. DUBY, "Los 'jóvenes' en la sociedad aristocrática de la Francia del noroeste en el siglo XII", en, G. Duby, *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, 1977, pp. 132-147.

estuvo dado por los malhechores feudales, que compartían con el más bajo segmento del pueblo similares condicionamientos. Ambos grupos vivían alternativamente dentro y fuera de la sociedad, y eran en consecuencia irremediabilmente fluctuantes, como lo muestra el caso que ahora tratamos. Después de haber estado muy cerca del vasallaje feudal, y ostentando una suprema indiferencia a las concesiones, el antiguo peletero de Sahagún asaltó con su pandilla al abad y a sus servidores en ocasión en que visitaban dependencias del cenobio¹⁹. Ese lugar oscilante del bandido restablece la comparación con Oriente, ya que los *'ayyarun* (desarraigados) que se han mencionado podían permutar la delincuencia y el vagabundeo, con los que asolaban a la buena sociedad de Bagdad, por milicias en momentos de conmoción, o podían trocarse en fuerzas policiales cuando la autoridad faltaba; entonces el juramento de ayuda y unidad (*futuwwa*) surgido de un medio ignominioso adquiriría una connotación distinta, más elevada, casi caballeresca. Esto también lo ha detectado Hobsbawm: el que fue bandido social y gozaba de cierta reputación podía terminar integrado en el poder.

Es posible que otros artesanos parecidos a los de Sahagún hayan cambiado el taller por una agitada existencia asolando caminos. Se habrían repetido en otras plazas que ignoramos, y en todo caso se sabe que fue un rasgo conocido en ámbitos europeos: el movimiento de los *tuchins*, surgido en las zonas de montaña de la Auvernia, estaba formado por artesanos convertidos en bandidos organizados en pequeños grupos²⁰.

¹⁹ *Crónicas de Sahagún*, cap. 39, el relator dice que un día cuando salió el abad con su gente a visitar sus "obediencias", fueron asaltados por los burgueses y caballeros "de los cuales se façe fabla", es decir, de los que se habla en el capítulo precedente. Esta es la interpretación que, a mi juicio, es apropiada para este episodio. La duda surge de la calificación de los asaltantes como burgueses y caballeros, lo cual induciría a pensar en la elite de la villa aliada con aragoneses. Pero no sólo hay una conexión textual entre lo que se relata en este acápite con el anterior explícito sobre los malhechores, sino que también se comenta que el abad regresó a la villa y reclamó justicia de los burgueses que allí estaban. Estos no hicieron nada por reparar el agravio. Examinando así el texto, se concluye que la expresión de burgueses y caballeros en la primera parte del párrafo hace referencia al antiguo artesano (uno de los habitantes del burgo con oficio, y en ese sentido burgués), que se había convertido en bandido social a caballo, es decir, en caballero popular; en la segunda parte se hace referencia a la elite que trató de incorporar a ese malhechor al servicio del abad para contenerlo.

²⁰ Esta comparación se propone en términos generales; en un plano concreto, los *tuchins* se insertaban en un lucha contra los *routiers* ingleses.

Otro caso lo expone Guibert de Nogent en el desorden del alzamiento burgués de Laon de 1112²¹. En esas circunstancias, el robo dirigido hacia el principal foco de poder, y sobre el que había recaído la lucha de los burgueses, tenía ribetes de trasgresión social. Este delincuente era Anselmo, un hombre que Guibert informa que pertenecía a la clase social más baja de la ciudad, y que caracteriza como salvaje y tosco (*vulgo urbis oriundus, immanis et rusticus*). Estos datos no darían cuenta de alguien que perdió su ubicación en algún oficio, sino de una persona sin casi educación, de origen campesino, instalada en la ciudad (en el relato se dice que tenía casa, y que conocía muy bien las salidas), que no había perdido su vínculo con la tierra, ya que tenía una viña. Si estamos en presencia de un marginal no lo era del tipo total, es decir, de los que se inscribían en una marginalidad centrífuga, ya que era un instalado que no carecía de cierta posesión, aun cuando ésta fuera despreciable.

Este personaje robó, después de las fiestas de la Navidad, las cruces, los cálices y objetos de oro de la iglesia, y tiempo después vendió a un mercader de Soissons una parte del oro que había tomado, confesándole el sacrilegio con la promesa de que no lo traicionaría. El acto muestra que a pesar de su tosquedad, no le faltaba astucia, ya que negoció lo que había robado en otro sitio, y si reveló el hurto es porque no tenía más alternativa que decir de dónde había sacado esa fortuna. Sucedió que el mercader, atemorizado por las amenazas de excomuniación que se difundían en su parroquia contra los que robaban a la Iglesia, se dirigió a Laon y lo denunció. No subestimemos con la mentalidad del siglo XXI esta parte del relato como ingenua, ya que muchos testamentos sobre hombres de fortuna de la Edad Media nos hablan de sus dudas surgidas de las ansias de dinero y de las limitaciones religiosas. Es lo que se ve en algunos renunciamientos famosos como los de San Francisco o Pedro Valdo. Esto pone de manifiesto que los rateeros tenían por un lado sus circuitos para realizar monetariamente el fruto de su tarea, pero en las condiciones del período esa realización no carecía de dificultades.

La resolución no tiene menos interés. El acusado negó su culpabilidad, y se sometió a un juicio de Dios, en este caso una lucha con los puños en la que el mercader fue vencido. No debe extrañarnos, ya que este delincuente urbano y trabajador del campo sabría abrirse paso a fuerza de golpes. Sea cierta o no esa condición, su victoria nos sugiere algo sobre la fuerza que tenían muchos hombres del pueblo que participaban en los tumultos. Este juicio de Dios también nos muestra que se seguían aplicando prácticas populares que les eran impuestas a los poderosos²². Anselmo, estimulado por su triunfo, se animó a otro latrocinio

²¹ Guibert de Nogent, *Su vida*, edición, G. Bourgin, "Venerabilis Guiberti de vita sua sive monodiarium libri tres", en, Guibert de Nogent, *Histoire de sa vie (1053-1124)*, París, 1907, 3, 15, p. 206.

²² R. I. MOORE, *La formación de una sociedad represora. Poder y disidencia en la Europa occidental, 950-1250*, Barcelona, 1989, pp. 151 y s., juicios de Dios como las or-

sobre los tesoros de la iglesia, esta vez incluso de más valor, apropiándose de piedras preciosas y de mayor cantidad de oro que la primera vez. De nuevo fue sometido a una prueba celestial: se lo tiró al agua de los santos, pero fue vencido porque su cuerpo flotó sin hundirse. Ahora se descubría que en el primer delito había tenido cómplices, con lo cual se revelaba que no era un ladrón solitario, sino que disponía de apoyos a los que no les costaría mucho, moralmente hablando, cometer ese tipo de sacrilegios. No descartemos que hayan actuado por admiración hacia el “gran criminal” que realizaba una fechoría contra Dios y el orden por Él impuesto, concepto de Benjamin que se entronca con los que Hobsbawm ha manejado²³. El concepto conecta lo narrado con la protesta

ordalías eran formas arcaicas populares en las que el individuo ponía a prueba sus vínculos sociales, sus apoyos en la comunidad. La clase de poder trató de eliminarlos o los utilizó en su provecho.

²³ El concepto de “gran criminal” pertenece a W. BENJAMIN, “Para una crítica de la violencia”, *Edición Electrónica de www.philosophia.cl/ Escuela de Filosofía Universidad ARCIS*, y los análisis de, M. ABBOTT, “The Creature Before the Law: Notes on Walter Benjamin’s *Critique of Violence*”, *COLLOQUY text theory critique* 16, 2008. © Monash University. www.colloquy.monash.edu.au/issue16/abbott.pdf. y J. L. LÓPEZ DE LIZAGA, “Walter Benjamin y los dos paradigmas de la teoría crítica”, *Nexo. Revista de Filosofía*, N° 3, 2005, pp. 11-31. El “gran criminal” se refiere al que transgrede absolutamente el derecho vigente, y se constituye en una amenaza muy grave para el orden instituido. En estos casos se presenta la “simpatía de la multitud contra el derecho”, “la secreta admiración del pueblo” hacia ese tipo de sujeto que horroriza y capta a las masas. La base de esa captación está precisamente en que la ley tiene, según Benjamin, su origen en la violencia. En esto está presente un claro principio anti Hobbes, y en este punto acuerda con la postura clásica de Marx sobre que el Estado no anula la violencia sino que la perpetúa en la forma de lucha de una clase contra otra. El gran criminal opone a la violencia de la ley la amenaza de una nueva ley actuando por sobre la ley o por fuera de la ley. Por esto se transforma en una figura intolerable para el Estado, y también por ello ejerce fascinación sobre la masa subalterna. Hoy en día, con el desarrollo de formas de luchas de obreros educados políticamente por el socialismo, esas manifestaciones antisistema quedan reducidas al lumpenproletariado. En ese sector se produce la cohesión de los que participan del ideal delictivo, unidad que no sólo se constituye por la admiración hacia el jefe, sino también en oposición y lucha con el ciudadano bien instalado. Esos marginales que protagonizan delitos a *sangre fría* horrorizan comprensiblemente a la buena sociedad, y ésta solo piensa en eliminar a esos engendros inhumanos con una pena de muerte racionalmente administrada por la ciencia del derecho. En consecuencia, el abismo social entre las partes se agiganta. Esa distancia no sólo se expresa discursivamente en los periódicos, sino también desde el otro lado de la frontera social con la cumbia villera, que deja entrever la racionalidad objetiva de una conducta patológica y exalta abiertamente al bandido como el héroe que enfrenta a la que se ve como la peor cara del sistema: la violencia policial. Esa exaltación del “gran criminal” avala la tesis de Benjamin sobre su carisma so-

consumada a través de un delito socialmente aceptable. Ese delito podía adquirir, en efecto, una determinada legitimidad para aquellos que, fascinados con la transgresión del personaje, transgredían activamente como sus figuras secundarias, como partícipes distanciados, o como encubridores. Esa graduación seguramente existió entre los cómplices, ya que algunos fueron ajusticiados y otros perdonados.

Pero en este punto el ladrón Anselmo muestra otra cara de su astucia: los clérigos deseaban recuperar el oro que había ocultado, y sólo reveló su escondite a cambio de una recompensa y el perdón²⁴. Esa misericordia le fue otorgada, aunque con una limitación, ya que tenía que marcharse de la ciudad en el término de tres días. Es una medida de interés para el historiador, porque muestra que en muchas ocasiones una ciudad no hacía más que sacarse el problema de encima trasladándolo a otra y generalizándolo, al mismo tiempo que con el ostracismo creaba o reproducía lumpen proletariado. La exclusión era pues extender un trastorno social, aunque no fue éste el caso. Anselmo ocultaba todavía riquezas de lo que sustrajo, y al pretender llevárselas demoró su salida de la ciudad (debía hacerlo sin que lo vieran); terminó, bajo tortura, restituyendo todo, y fue finalmente ajusticiado.

La historia de este bandido y sus cómplices tiene sus connotaciones sociopolíticas, como las tuvo el malhechor de Sahagún, en dos secuencias claves y encadenadas: (1) fueron robos con ribetes escandalosamente impíos para los cánones de la época, y que por consiguiente afectaban el ordenamiento social en su conjunto; (2) fueron cometidos en las secuelas del desbarajuste que sucedió a la rebelión comunal, y configuran con ésta un panorama objetivamente similar. Desde el punto de vista de la posibilidad de las acciones, debe retenerse que la persona que había asistido durante la revuelta comunal al saqueo de la Iglesia y a la agresión física de sus ministros debió perder inhibiciones para apropiarse de venerables objetos de valor.

cial, y hace pensar en un nexo luchas precapitalistas y luchas en los márgenes del capitalismo.

²⁴ Para los clérigos no era una decisión fácil aceptar este trato, y consultaron al obispo y al maestro Anselmo, los cuales, con su sabiduría religiosa, juzgaron que era más conveniente recuperar el tesoro. Guibert de Nogent, *Su vida*, 3, 15, p. 207: “Consulitur episcopus et magister Ansellus quid facto oporteat. Melius est, aiunt, ut pecunia sibi detur, quam tanta auri quantitas amittatur”. Ese escondite era su viña, lo que muestra que tenía sus propios recursos para eludir a la justicia; ver, *idem*, 3, 15, p. 207: “multum quod in vinea sua condiderat restituit aurum.”

Gritos Y Susurros

Este recorrido autoriza a decir que detrás de una denominación profesional, habitacional o sociológica (como por ejemplo el pueblo) se escondían muchos subtipos, y cada uno podía tener distintas conductas. También nos permite ver con mayor claridad que el extremismo del menestral pobre de Sahagún no se confundía con la lucha de la elite del pueblo, la cual adoptaba una marcha afín en más de un aspecto a los *milit*es bien emplazados, que por otra parte no desdeñaban ninguna tropelía cuando defendían sus intereses. Escribir un fuero o una carta, o tratarse con un personaje encumbrado, no eran hábitos de los indigentes o de los más enardecidos que tanto enfadaban al cronista de Sahagún sino de los ricos de la villa, es decir, de los burgueses. Por eso en estos últimos no estaban tanto los rebeldes primitivos de la ciudad medieval como en los artesanos pobres y los dependientes. Con ellos estamos ante esa “gente prepolítica”, que es el concepto que usa Hobsbawm para designar a los que representan un antecedente de movimientos con más acabada conciencia social, y que no tienen un lenguaje propio para expresar sus anhelos transformadores²⁵. El concepto tiene sus bemoles, y fue criticado por representantes de los estudios de sectores subalternos²⁶. Sin entrar en un asunto que sería muy largo, advertimos que la denotación no es muy feliz, en tanto los lenguajes no verbales y el verbo espontáneo de muchos actores de esos movimientos revelan una buena carga de política en versión prepolítica, es decir, sin sistematización programática, ideológica o partidaria. Por ello sería tal vez preferible empezar adoptando una proximidad genérica, y aunque sea de carácter negativa, más exacta, para delimitar a esos sectores de la protesta. Eran los que, en palabras de Hobsbawm, no nacieron en el capitalismo y no tenían cuatro generaciones de sindicalismo detrás²⁷.

Posiblemente esté de más indicar que los bandidos a los que aludimos antes sólo formaron una molesta y pequeña chusma; la masa de artesanos pobres urbanos, nuestros rebeldes primitivos de la Edad Media (aunque hubo otros en el campo) desarrollaba su disidencia por otras vías, y allí sí había un auténtico polvorín, ya que entre los jóvenes, aprendices y criados que trabajaban en “casas soterrañas”²⁸, estaban los *sans culottes* que constituían no sólo una parte exaltada del movimiento sino también su porción inestablemente asocial. En Sahagún

²⁵ HOBBSAWM, *Rebeldes primitivos*, p. 11.

²⁶ R. GUHA, “Sobre algunos aspectos de la historiografía colonial de la India”, en, S. Rivera Cusicnqui y R. Barragah (compiladoras), *Debates postcoloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*, La Paz, 1997, pp. 25-31, p. 28.

²⁷ HOBBSAWM, *Rebeldes primitivos*, p. 12

²⁸ *Crónicas de Sahagún*, cap. 35.

enfrentaban al abad y sus monjes, con lo cual guiaban su agresión contra el señorío, pero allí no se detenían limitándose al objetivo burgués, ya que eran muy poco dóciles e incluían a otros en el enfrentamiento. Una violencia nihilista los embargaba cuando ponían a rodar sus energías maduras en el subsuelo del oficio, y es posible que su praxis tanto favoreciera como estorbara a la elite del burgo, la que llevaba adelante la lucha por la organización comunal. Cuando saqueaban los huertos, las frutas de los árboles o el heno de los prados, o cuando recogían las ramas verdes (“nuevamente salientes”) no parece que tuvieran miramientos sobre quién era el propietario²⁹. El cronista no habría desaprovechado la oportunidad para indicar que esa violencia haya estado dirigida exclusivamente contra el monasterio, aspecto sobre el cual el relato sobrevuela en una cuidada imprecisión, y por otra parte alude a los intransigentes que debían ser contenidos por el sector moderado.

También en el motín de Laon se hicieron presentes los más bajos (*inferiorum*), con una violencia que, según Guibert de Nogent, no era sólo motivada por la ira momentánea sino por una peculiar ferocidad salvaje (*non jam ira, sed rabies feraliter irritata*)³⁰. Estas palabras nos acercan al hervidero incontrolable que los sectores de poder siempre observaron en la lucha social que se radicaliza. Con este criterio condenaban acciones concretas, pero ahora consideramos la caracterización general de insensatez que Guibert, al igual que otros, hacía sobre la masa. Era en verdad un juicio contradictorio, ya que si por un lado aludía a una ceguera insana del pueblo, por otro lado nos dice que ese pueblo se había organizado conspirativamente para matar al obispo³¹. Con esta última apreciación introducía un matiz de cálculo y reflexión, que no podía advertir o hacer explícito el religioso que en el asesinato de un obispo veía colmar la medida de lo descabellado. Un recorte de esa visión está en las palabras del obispo cuando fue advertido por Anselmo (un intelectual clarividente, abad de Bec y posteriormente arzobispo de Canterbury), de que su vida corría peligro: “¿Yo voy a morir en manos de tales personas?” (*¿ego ne talium manibus inteream?*)³². El dignatario de la Iglesia, separado por un abismo de esa parte baja del pueblo, no podía asumir que en algún momento lo alcanzara la multitud, ni tampoco que ésta fuera capaz de atacarlo. Eran acciones que el entendimiento del que se había formado en la más alta cumbre desviaba de su saber. No obstante esta disquisición, el temor le hizo tomar recaudos. Esa masa que había llegado a un estado de insolencia (*insolens vulgus*) debió ser una presión muy fuerte para que allí todos,

²⁹ *Crónicas de Sahagún*, cap. 35.

³⁰ Guibert de Nogent, *Su vida*, Libro 3, cap. 7, p. 163.

³¹ Guibert de Nogent, *Su vida*, Libro 3, cap. 7, p. 163: “in mortem, imo necem episcopi et complicum ejus, dato invicem sacramento, conspirat.”

³² Guibert de Nogent, *Su vida*, Libro 3, cap. 7, p. 163.

incluidos los más afortunados burgueses, rompieran los diques de contención y atacaran al prelado.

Un similar perfil se presenta en protagonistas del motín social que estalló en Valencia en 1519, cuando el pueblo bajo enfrentó al patriciado, y cuyos actores, según el más importante líder moderado de la revuelta, “ni temen a Dios ni al rey, ni quieren obedecer a los oficiales, ni creer a los ansianos que los aconsejan”³³. Es la imagen de un sector anárquico que no podía ser controlado por ninguna autoridad, y que se desarrollaba en oposición a los artesanos instalados, lo que aquí se manifiesta como contraposición generacional. Ese perfil se confirma en el fragmento que relata el ataque al palacio episcopal: “una grande asonada de muchachos con piedras y muchos hombres con ellos” reclamaron al obispo que les entregue a personas que acusaban de sodomitas (lo que fue la chispa del incendio), y agrega el cronista que poco después se agolpó en la puerta de la residencia, “un grande torrente de muchachos con una bandera de lienzo blanco, acompañados también de hombres que cubrían toda la plaza [...] pidiendo con grande alboroto les entregasen los reos, pues querían castigarlos ellos”³⁴.

Las mismas características se repetían cuando el movimiento ya estaba en una fase madura, hacia octubre de 1521, y el líder extremista Vicente Peris era el capitán general de la Hermandad. Allí estaba de nuevo la masa de jóvenes no instalados (“una grande partida de mozos agermanados”) que se había agrupado anárquicamente por su propia iniciativa (“sin jefe ni orden”), a los que se unieron otros tan mal situados como ellos o arrinconados en los bordes delictivos de la sociedad (“gente de mal proceder”), para formar todos juntos una aglomeración tumultuosa que se introdujo en la sala de la diputación, rompió algunas puertas, quemó muchos papeles y luego saqueó casas de caballeros³⁵. Esa violencia de los más humildes podía volverse, efectivamente, contra los estratos superiores: cuando la Germanía estaba en su pleno desarrollo, *les persones bones y riques* temían que sus casas fuesen saqueadas por los *agermanats*³⁶.

Estas cuestiones las ve el historiador a lo largo de la Edad Media y en circunstancias muy distintas. Por ejemplo, en el pleito que se dio entre el cenobio de Sahagún y el concejo de Belver, en la provincia de Zamora, y que conocemos por un “acuerdo” de 1231, pleito originado en gabelas que los monjes pretendieron aplicar, interesan las formas del enfrentamiento cuando los monjes culpaban a los vecinos de derribar casas que el monasterio tenía en la villa, cortar árboles,

³³ Luis de DE QUAS, *La Germanía de Valencia*, Valladolid, 2006, p. 148.

³⁴ DE QUAS, *La Germanía de Valencia*, pp. 8-10

³⁵ DE QUAS, *La Germanía de Valencia*, pp. 100-101.

³⁶ Català de Valeriola, *Breu relació*, edición, E. Duran, Català de Valeriola, Guillem, “Breu relació de la Germanía de València”, en, idem, *Cròniques de les Germanies*, València, 1984, pp. 59-322, p. 250.

tomar las huertas y las cepas de las viñas³⁷. Se destaca allí una mezcla de agresión, como parte de la protesta, y de utilidad práctica para seguir produciendo con lo que se obtenía de esa “rapiña”.

Estos relatos, unidos a las características que surgen de las condiciones del taller, permiten deducir que los objetivos de los mancebos de Sahagún en estos ataques no eran bien definidos, tal como se ha planteado con relación a la cruzada de los niños o sobre la participación de no instalados en diversos movimientos. Puede reflexionarse sobre este rasgo comparando con la lucha del proletariado moderno. En este último, más allá de que se trate de una lucha económica o política, las acciones no dejan de tener una dirección definida, ya sea contra la ganancia empresarial mediante la huelga o contra lo que se identifica como partidos u organismos patronales. El mancebo de movimientos premodernos plantea, en cambio, otra realidad, porque su lucha era, como la del adolescente iracundo, “contra todo”: rechazaba tanto las relaciones del taller que lo sujetaban a la disciplina como la sociedad que lo relegaba al último lugar de la escala, lo que permite deducir que el salario bajo sería sólo una de las causas de un malestar que era generalizado³⁸. En consecuencia, mientras que el proletariado moderno en su lucha contra el capital busca aliados en otras clases, y hacia ello apuntó siempre buena parte de la estrategia de sus dirigentes, el mancebo fue un explotado sin amigos políticos. Su rebelión era sociológicamente insociable, aun cuando coincidiera con otras protestas, y estaba desesperadamente condenado a un no lugar, porque la pretensión de ser “un hombre sin amo” (para apelar a una

³⁷ *Documentos de Sahagún*, ediciones: J.M. Mínguez Fernández, *Colección diplomática del monasterio de Sahagún (siglos IX-X)*, 1, León 1976; M. Herrero de la Fuente, *Colección diplomática del monasterio de Sahagún (857-1230)*, 2, (1000-1073), León, 1988; M. Herrero de la Fuente, *Colección diplomática del monasterio de Sahagún (857-1230)*, 3, (1074-1109), León, 1988; J. A. Fernández Flórez, *Colección diplomática del monasterio de Sahagún (857-1230)*, 4, (1110-1199), León, 1991; J. A. Fernández Flórez, *Colección diplomática del monasterio de Sahagún (857-1230)*, 5, (1200-1300), 1994, N° 1659 y N° 1660 se establece por la mediación de Fernando III; otorga verosimilitud al reclamo la orden del rey sobre la forma cómo lo vecinos debían reparar lo que habían tomado o destruido.

³⁸ Es posible que los asalariados de Sahagún se hayan incorporado a la revuelta en parte movidos por una crisis de subsistencia. Sobre esto R. PASTOR DE TOGNERI, “Las primeras rebeliones burguesas en Castilla y León (siglo XII). Análisis histórico social de una coyuntura”, en, idem, *Conflictos sociales y estancamiento económico en la España medieval*, Barcelona, 1973, pp. 13-101; idem, “Ganadería y precios: consideraciones sobre la economía de León y Castilla (siglos XI-XII)”, *Cuadernos de Historia de España*, N° 35-36, 1962, pp. 37-55, ver, pp. 42-44 había advertido que la fase de las rebeliones españolas coincidió con una crisis de ese tipo entre los años 1114 y 1120, coyuntura que descubrió observando la relación de precios de cereal-bueyes.

expresión de Christopher Hill) entrañaba salir a la marginalidad del desarraigado, encaminarse a los bordes de todo. Era volver a la marginalidad del nacimiento.

Este último es un concepto que aquí no puede desarrollarse porque nos sacaría del tema. Sólo cabe decir que se vincula con el funcionamiento de una economía agraria signada por la apropiación señorial de comunales y la imposición de rentas. En ese cuadro, se originaba de manera regular una fracción de excluidos; algunos conservaban un pequeño lote de tierra en la aldea o en el suburbio de la ciudad, mientras que otros salían a recorrer los caminos, entrando y saliendo de la producción. En esas circunstancias, se reiteró a lo largo del tiempo su indisciplina social, evidente en la baja Edad Media y en la temprana Época Moderna, y manifestada en un rodaje destructor difícil o imposible de contener. La dinámica estructural agraria del feudalismo proporcionó así el marco en el que quedaron comprendidos los aprendices, aunque en ellos la rebelión contra todo en tiempos de insurrecciones tenía otros agregados, aparte de la inestabilidad.

Aprendices y dependientes

La morfología socioeconómica no otorga ninguna respuesta categórica acerca de la conducta de los subalternos del oficio, o más bien, la única respuesta válida sería una pendular ambigüedad. Situado en una posición oscilante, el menestral asalariado podía a veces incorporarse a lo que hacía su maestro, seguir maquinalmente el quehacer cotidiano deseando ser un maestro, cambiar de patrón, fugarse con objetos que no le pertenecían o, en algunas ocasiones, podía tomar un camino de lucha y dejar de lado, o desafiar, a la persona que lo había “criado”. Para comprender esta última alternativa debemos observar su vida real.

En este plano, es inevitable preguntarse cuánto habrá influido en la protesta de estos sectores la disciplina doméstica, ya que entre el empleador medieval y su asalariado se interponía el apremio físico, que llegaba al encarcelamiento o a la mutilación, e incluso, a juzgar por lo que establecen algunas normas, se llegaría a provocar la muerte³⁹. Era algo que sufría todo dependiente de un patrón, cualquiera

³⁹ En muchas ocasiones se asimila al empleador, ya fuera rural o urbano, con el maestro que educaba con violencia. Ver, *Fueros leoneses*, edición, A. Castro y F. de Onís, *Fueros leoneses de Zamora, Salamanca y Alba de Tormes*, Madrid, 1916, Fuero de Zamora tit. 68. Fuero de Alba de Tormes tit. 76; 115. *Fuero de Cuenca*, (*Formas primitiva y sistemática: texto latino, texto castellano y adaptación del fuero de Iznatarof*), edición, R. De Ureña y Smenjaud, Madrid, 1935 36, 7; 36, 8. A. FURIÓ; A. J. MIRA y P. VICIANO, “L’entrada en la vida dels joves en el món rural Valencià a finals de l’edat mitjana”, *Revista d’Historia Medieval*, N° 5, 1994, pp. 75-106, p. 99: “Els abusos també podien arribar al maltractament físic”. También, *Códigos Españoles*, edición, *Los Códigos españoles, con-*

fuera su edad, aunque los menores debieron sufrir más. Laslett dice con acierto que historias como la de Cenicienta evocan cómo era la vida de los que vivían en la casa del artesano en otros siglos⁴⁰. En esto debió intervenir una necesidad objetiva que se le presentaba al empleador, porque ante un obrero eventual, acostumbrado a períodos de inactividad en los cuales se procuraba por cualquier medio el sustento, educar en la regularidad del trabajo era un requisito de funcionamiento. Se hacía el hábito con la disciplina, siendo ésta una operación social, no del individuo aislado, y se destinaba a lograr el trabajo continuo, como se muestra en el fuero romanceado de Sepúlveda (año 1300) en una cláusula que no admitía resquebrajaduras de ocio⁴¹. Pero además estaba la orfandad del subalterno. Ese trabajador necesitado, al que no amparaba el patrocinio corporativo que tenían los maestros en las grandes ciudades, o que tenían los burgueses y los caballeros villanos en los concejos españoles, como también los campesinos de todos lados en sus comunidades, siendo muchas veces un inmigrante forzado que se instalaba lejos de su familia, evoca la fragilidad del trabajador del capitalismo moderno que hace poco llegó a la ciudad para ser el más oprimido, el que peor subsiste relegado a la favela o a la villa miseria, y que no deja de provocar el espanto de la buena sociedad que primero lo hunde, luego lo explota y siempre lo reprueba.

Desconocemos las condiciones de Sahagún, donde estalló su muy larga revuelta, pero no había razones para que allí se experimentara alguna inconcebible benevolencia, y es posible que las luchas de los menestrales fueran un desquite

cordados y anotados, (12 volúmenes), Madrid 1872-1873. 3, Quinta Patida, título 8, ley 11: "Reciben los maestros salario de sus escolares por enseñarles las ciencias y otrosí los menestrales de sus aprendices para mostrarles sus menesteres; por lo que cada uno de ellos está obligado a enseñar lealmente y castigar con mesura a aquellos que reciben para esto, pero este castigo debe ser hecho mesuradamente y con recaudo, de manera que ninguno de ellos no quede lisiado ni ocasionado por las heridas que le diere su maestro. Y por eso decimos que si alguno contra esto hiciese y diese herida a aquel a quien enseñase de la que muriese o quedase lisiado, si fuere libre el que recibiere el daño, debe el maestro hacer enmienda de tal yerro como esté a bien vista del juez y de hombres buenos; y si fuere siervo, debe hacer enmienda a su señor pagándole la estimación de lo que valiese si muriese y quedando lisiado, débele pagar cuánto le hallaren en verdad que vale menos por ello con los daños que recibió por razón de aquella herida". La coacción en los gremios, en, V. RUTENBURG, *Movimientos populares en Italia (siglos XIV-XV)*, Madrid, 1985, passim.

⁴⁰ P. LASLETT, *El mundo que hemos perdido explorado de nuevo*, Madrid, 1987, p. 24: en p. 33 expone su sospecha de que tal vez los padres en la Edad Moderna no querían exponer a sus hijos a la disciplina del trabajo en el hogar, y que por ello los enviaban a trabajar a otro lado como sirvientes.

⁴¹ *Fuero romanceado de Sepúlveda*, edición, Emilio Sáez, *Los Fueros de Sepúlveda*, Segovia, 1953. fuero extenso, título 131 referido al yuguero.

redentor ante una sujeción colindante con la servidumbre. Es notable al respecto el peso de los jóvenes en el extremismo, según se expresa en las *Crónicas Anónimas*, y no olvidemos que hubo una fuga constante de aprendices de todos los talleres medievales y del Antiguo Régimen, seguramente porque les resultaba intolerable la severidad del maestro⁴². Esa forma que presagiaba el dictatorial autoritarismo del capitalista en su fábrica, proporcionaría un móvil de explosión social como prueban los furiosos motines contra la arbitrariedad⁴³.

En este aspecto, los asalariados podían estar muy cerca de muchos artesanos, porque en toda ciudad medieval (y Sahagún no era una excepción por lo que se trasluce de las *Crónicas*) había una variada graduación de pequeños maestros expuestos al arbitrio de los déspotas de la localidad (mercaderes o artesanos mejor situados). No sorprende entonces que esos patrones pobres de un taller se unieran a los aprendices y oficiales para buscar con ellos una mayor libertad, y juntos podrían congeniar en un espontáneo anarquismo comunitario. Ciertas acciones, como apropiarse soberanamente del comunal, así lo sugieren, y a ello contribuiría la misma rebelión cuando imponía el gobierno de la voluntad popular. En determinadas circunstancias, una consigna sectorial podía movilizar, aun si ese lema no contemplaba los intereses de los más pobres. En el alzamiento de Laon de 1112, el grito de “comuna” agitó a una masa heterogénea para el asalto del palacio episcopal, pero esa consigna que levantó a ricos y pobres no complacía a todos⁴⁴. La organización requerida contemplaba la necesidad de los burgueses, y éstos la tomaron como un grito de guerra programáticamente puntual; en ese llamado recogieron el apoyo de sectores pobres que, si la comuna se organizaba,

⁴² Las fugas reiteradas en épocas posteriores se observan en las cláusulas de los contratos de aprendizaje, en los que se constatan los recaudos que se adoptaban. Al respecto, “Del Burgos de Antaño”, edición, I. García Rámila, *Boletín de la Institución Fernán González*, N° 178, 1972; P. BUCHBINDER, “Maestros y aprendices: estudio de una relación social de producción. Siglos XV-XVII”, Buenos Aires, 1991; P. IRADIEL MURUGARREN, “Familia y función económica de la mujer en actividades no agrarias”, en, Coloquio Hispano Francés, *La condición de la mujer en la Edad Media*, Madrid, 1986, pp. 223-260, p. 248, la dura disciplina del artesano está reflejada en la atribución que el contrato le reconoce sobre el joven: “ad faciendum vestra omnia mandata iusta”. FURIÓ, MIRA y VICIANO, “L’entrada en la vida dels joves en el món rural Valencià a finals de l’edat mitjana”, citado, p. 100: “No és estrany, dones, que molts joves acabassen per incumplir els compromissos adquirits pels seus pares o tutors i abandonassen la casa i el servei de l’amo”.

⁴³ G. RUDÉ, *La multitud en la historia. Estudio de los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Buenos Aires, 1971, p. 57, en París, en 1721, se produjeron disturbios contra la severidad de los castigos de los sirvientes domésticos.

⁴⁴ Guibert de Nogent, *Su vida*, Libro 3, cap. 8, p. 165: “ecce per urbem tumultus increpuit ¡Communiam! inclamantium”.

debían reiniciar la lucha por sus derechos. En esa efervescencia influyeron las condiciones de vida especialmente duras para el que estaba educándose en posición de inferioridad.

El aprendiz no conocía la separación entre lugar de trabajo y lugar de ocio o descanso, o para expresarlo de otro modo, su hogar escuela era el trabajo y el trabajo era su hogar escuela, lo cual no era otra cosa que la negación de una íntima existencia propia. Esta circunstancia presupone que ese ámbito en que se interiorizaba duramente el concepto de subordinado, ya que los golpes no sólo pretendían enseñar el oficio sino también docilidad, era algo similar a una prisión, es decir, era el lugar donde el individuo vivía bajo el panóptico del dueño, y de manera ineluctable, cuando se rebelaba lo hacía contra el trabajo y la vida toda (tanto del taller como de la sociedad), como dos esferas indiscernibles. Ese inhóspito domicilio de manufacturas era también el encierro que invitaba a la fuga. Esa situación cambiaría drásticamente con el proletariado moderno, cuya tarea en la fábrica sólo puede equipararse al sistema carcelario en el idealismo de un pseudo filósofo, más allá del imperio dictatorial del capitalista (en su lugar privado muere la democracia burguesa). Si se tiene en cuenta esto, puede también comprenderse en el marginal del Medioevo una rebeldía sin destino, y por consiguiente muy poco transformadora. Todo se sintetizaba en desintegrar jerarquías, redefinir el entorno que no participaba del mundo subalterno de la economía doméstica como el mundo ajeno de los enemigos, y relacionado con esto, aparecía la espectacularidad casi teatral de los actos. Nuestro análisis discurre así en paralelo con el que hizo en su momento Hobsbawm sobre los movimientos prepolíticos y en los que todavía no estaba la madurez de una conciencia de clase.

Sin embargo, no siempre en el descontento ganaba el alboroto, porque la protesta tenía sigilosos momentos de preparación, algo que a veces los representantes del poder sospecharon y procuraron desenmascarar, como se entrevé en los registros que hablan de los agermanados valencianos⁴⁵. En otros momentos, el silencio encubridor y masivo los protegía y frenaba a la justicia⁴⁶. Era una acción sin fisuras, en la que intervendría una parte de coacción interna en

⁴⁵ De Viciana, *Crónica*, edición, J. Iborra, Martí De Viciana, *Libro cuarto de la Crónica de la ínclita y coronada ciudad de Valencia y de su reino*, Valencia, 2005, p. 245: en enero de 1521 lo funcionarios de Benicarló, “barruntaron que ciertos hombres de la villa tratavan en secreto de se agermanar, y porque no lo podían saber, por descubrir el mal que en principio iba solapado, acordaron hazer ajuntamiento general”.

⁴⁶ De Viciana, *Crónica*, p. 22, el 9 de agosto de 1519 el gobernador llegaba para reprimir a los que habían atacado a la Iglesia: “Y llegado a Valencia, no halló hombre que en su deposición hablase abiertamente, ni pudo saber qué hombres hubo en el desacato de la Iglesia que miraron o favorecieron a los muchachos”.

el pueblo, pero también complicidades solidarias. El abad de Sahagún experimentó algo parecido en cuanto a acción unitaria cuando a la vuelta del exilio encontró una dura frialdad social.

Artisanos pobres

Las protestas se diferenciaban. Mientras aquellos que se catalogaban como jóvenes promovían ataques indiscriminados en la revuelta comunitaria, el sector de artesanos que participaba de esta masa de radicales tenía objetivos más concretos, como apropiarse de recursos para elaborar en mejores condiciones. Así se revela cuando tomaron el bosque del monasterio de Sahagún para sacar materia prima, y los fabricantes de escudos y sillas durante siete años cortaron madera del monte, “de donde façían e acauauan sus obras”⁴⁷. Transformaban de modo irreverente un espacio privado en comunal y desconocían el fuero dado por Alfonso VI a favor del monasterio. Constituyendo un monte de libre uso, instalaban sus condiciones reproductivas que eran la no reproducción del sistema; o dicho de otra manera, la estrategia de combate era estrategia de vida: no es un azar que el relato nos prevenga que durante esa larga usurpación el monte fue utilizado “continuamente”. Las modestas economías de los vasallos chocaban con la gran economía del señor y entonces desconocían deliberadamente su presencia: “cortaban la madera del monte”, dice el cronista, “ninguna cosa demandando al abad nin faciendoselo sauer”. Necesitaban el complemento del erial, y en la búsqueda de esa integración productiva los menestrales originaban una intransigencia libertaria. En este punto, las distinciones se imponen de nuevo. La elite de la villa acaparó tierras como hacían los caballeros sin que el reparto entrara en sus horizontes, con abstracción de que es posible que haya participado de la saca de madera del monte, porque en esto las divisiones que ayudan a nuestra comprensión sociológica no eran en absoluto rígidas.

En las crónicas aparecen otros actos con caracteres parcialmente análogos. Los vemos con la rebelión que se extendió en el territorio circundante a Sahagún aprovechando el levantamiento de los burgueses. Se habla de campesinos que organizaban su vida libremente, y en ello consistía la verdadera amplitud de la revuelta. Sabemos que se superaba lo inmediato porque se denuncia que los labriegos se apropiaron del pan y del vino. Eran rentas. Si se despeja el velo enfático, descubrimos que ese “robo” eran imposiciones que los campesinos negaban consumiendo el fruto de su esfuerzo, y con ello rechazaban la explotación en su actividad cotidiana. Instauraban así un universo muy distinto al que había

⁴⁷ *Crónicas de Sahagún*, cap. 35.

determinado el señor, y aprovecharon tierras que juzgaban comunitarias, al punto de talar los montes y extinguir la caza⁴⁸. La dimensión del disturbio se mide en años y kilómetros atravesados por una insurgencia que se organizaba como conjunto de acciones económicas para cada poblado. Esa rutina alternaba con incendios de predios señoriales, una manifestación que, al igual que el terror, el robo o la agresión, no necesariamente debió nacer en una cresta del estallido, según se observa en otros fuegos encendidos como instrumento de la lucha de clase⁴⁹. Esto planteaba *avant la lettre* el proudhoniano concepto de la propiedad como un robo al pueblo; aparecía con un sentido práctico, en incidentes multiplicados (por ejemplo, redefinir la prerrogativa de pesca por parte de los campesinos en oposición al monasterio)⁵⁰, y se enlazaba con una praxis que repetirían los subalternos durante mucho tiempo⁵¹.

Gente poco corriente

Entre esa “gente poco corriente” Hobsbawm descubre a los zapateros, con reputación de heterodoxos intelectuales del radicalismo político⁵².

También se los detecta muy activos en la Edad Media, como muestra en primer término el motín de la trucha de Zamora de 1158, que se resume en pocas

⁴⁸ *Documentos de Sahagún*, N° 1231, “meos montes quos conburastis et abscedistis et extinguitis uenatu”

⁴⁹ Abundan ejemplos de agresiones en otros tiempos y lugares de las masas precapitalistas, y llamativamente muchos procedimientos se repetían. Tiene interés señalar que muchas de esas acciones se verifican en momentos en que no había insurrección general. Para España pueden mencionarse dos casos entre muchos: la cosecha “a furto” con ataque al recaudador del diezmo en, J. L. Martín, *Documentos del archivo catedralicio de Zamora (1118-1261)*, 1, Salamanca, 1982, N° 153, año 1255; el incendio intencional en, C. Luis López y G. del Ser Quijano, *Documentación medieval del Asocio de la Extinguida Universidad y Tierra de Ávila*, t. 1, 1990; t. 2, Ávila, 1991, N° 76, p. 331, en este caso a la tierra del caballero en Ávila, en 1414. Otros ejemplos en, ASTARITA, *Del feudalismo al capitalismo*, pp. 173 y s. En otros movimientos europeos, ver, E. HOBSBAWM y G. RUDÉ, *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Madrid, 1985, pp. 18 y s., 87 y s.; 217 y s.

⁵⁰ *Documentos de Sahagún*, doc. 1266, año 1139; idem, N° 1313, año 1152. Se trata de un conflicto de mucho interés en el que los vecinos de Grajal rompían las presas del agua que el monasterio tenía para sus molinos, y con el río liberado se dedicaban a pescar.

⁵¹ Por ejemplo, HOBSBAWM y RUDÉ, *Revolución industrial y revuelta agraria*, p.80, la caza furtiva no era considerada delito.

⁵² E. J. HOBSBAWM, “Zapateros políticos”, en E. Hobsbawm, *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona, 1999, pp. 27-56; HOBSBAWM y RUDÉ, *Revolución industrial y revuelta agraria*, pp. 19, 70.

líneas⁵³. Un zapatero, o su hijo, o bien el hijo de un *pellitero* de la ciudad, compraba la última trucha del mercado, cuando apareció el despensero de un noble llamado Gómez Álvarez, señor de Molina, personaje influyente en el concejo, y reclamó la prioridad de compra por la condición de su patrón. Se desató el incidente porque este menestral no se quedó callado y supo defender sus derechos. También habrá sabido concitar la atención de otros, y se quedó finalmente con la trucha gracias al apoyo espontáneo del pueblo. Pero fue apresado junto a quienes lo apoyaron, se los amenazó con la horca, y esto desató la revuelta. Cuando los caballeros discutían el castigo, una masa de campesinos, artesanos, pequeños comerciantes y mercaderes quemó la iglesia donde estaban reunidos, muriendo muchos de ellos, e incendió la casa de Gómez Álvarez liberando a los presos. Algo similar sucedió en Salamanca en el reinado de Alfonso VII donde un zapatero disputó con un noble por la compra de un salmón⁵⁴. Esto ya nos da indicios de que los zapateros eran insubordinados, y tal vez esa fama haya influido para que los miembros de ese oficio, junto con otros artesanos (herrereros, carniceros, peleteros, concheros y albergueros), fueran descartados, en 1261, de la elección que el obispo realizaba entre los doce hombres buenos que proponía el concejo para el gobierno de Santiago de Compostela⁵⁵. En Madrid en la baja Edad Media, en cambio, los datos son más precisos acerca de su potencia insurreccional. Un estudio exhaustivo revela que en junio de 1484 se destacaron entre todos los oficios al reeditar una huelga que ya habían ensayado en el siglo XIV contra los precios tasados por el concejo⁵⁶. También hubo allí y en ese período luchas de curtidores. A fines del siglo XV un zapatero fue el capitán general del levantamiento comunal de Gante que se había desencadenado bajo el liderazgo de un antiguo

⁵³ Se sigue las reconstrucciones de PASTOR DE TOGNERI, *Resistencias y luchas campesinas*, p. 143; S. MORETA VELAYOS, "La sociedad zamorana en los siglos X-XIII", en J. C. Alba López (coordinador general), *Historia de Zamora*, 1, *De los orígenes al final del medioevo*, Zamora, 1995, pp. 543-585, pp. 579 y s.; J. I. GUTIÉRREZ NIETO, "Tipología de los movimientos sociales del siglo XII en León y Castilla", *Hispania. Revista Española de Historia*, N° 141, 1979, pp. 27-50, pp. 40 y s.; F. LUIS CORRAL, "Leyenda y realidad histórica: el contexto político del "motín de la trucha" de Zamora en el siglo XII", *Studia Zamorensia*, N° VI, 2002, pp. 29-48, pp. 29-48.

⁵⁴ PASTOR, *Resistencias y luchas campesinas*, p. 144; Luis Corral, "Leyenda y realidad histórica".

⁵⁵ RUIZ DE LA PEÑA, J. I., "Las ciudades de señorío episcopal y los conflictos por el control del gobierno local (1252-1350)", en J. de la Iglesia Duarte (coord.), *Conflictos sociales, políticos e intelectuales en la España de los siglos XIV y XV*, Logroño, 2004, pp. 113-145, p. 124.

⁵⁶ J. A. NIETO SÁNCHEZ, *Artisanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*, Madrid, 2006, pp. 43 y s.

clérigo, Jan de Coppenhole⁵⁷. Durante la revolución de las comunidades castellanas se mencionan en diferentes oportunidades a los zapateros en actitudes de dirección, como protagonistas o como orientadores del movimiento. En Burgos, el condestable se vio obligado a consultarlos junto a los cerrajeros; en Toledo un tejedor, un zapatero y varios pellejeros discutían las propuestas del simpatizante comunero Juan Gaitán, y se atestigua que la voz de un zapatero era tan influyente entre el pueblo como la de un caballero⁵⁸. Al respecto interesa la connotación intelectual de sus intervenciones, porque debe considerarse que la suma de comuneros muy activos del sector artesano, a juzgar por las listas de exceptuados del Perdón general de 1522, era más variada, y entre las 293 personas excluidas de la amnistía había preponderancia de los oficios textiles⁵⁹. Por otra parte, como indicó Cinzio Violante, los trabajadores del cuero de la Edad Media figuraban entre los herejes itinerantes junto a los vendedores ambulantes, los carreteros y los tejedores⁶⁰. También los curtidores de Sahagún estuvieron entre los más revoltosos en la gran revuelta de principios del siglo XII, y fueron segregados con otros del acuerdo con la reina. Para principios del siglo XIII está atestiguado que en Sahagún había un área de curtiembres, y el dato puede tener interés para la sociología de la protesta, en tanto favorecería la propagación de los reclamos en esta rama de la actividad⁶¹.

La clave de este enunciado fue Hobsbawm, cuando dijo que hubo zapateros políticos en períodos previos al capitalismo que descollaron en la protesta con un inusual caudal crítico. Despertó la búsqueda y unimos testimonios hasta dibujar un cuadro que sorprende. Esto plantea una incógnita realmente difícil: ¿cuál fue la causa de ese lugar tan prominente que ocuparon entre todos los revolucionarios del pasado? Sólo se puede ensayar, en una obligatoria manifestación de incompetencia, una respuesta general acerca de sus dotes intelectuales,

⁵⁷ H. PIRENNE, "La democracia urbana: una vieja historia", en, H. Pirenne, *La democracia urbana: una vieja historia*, Madrid, 2009, pp. 57-309, p. 263.

⁵⁸ J. PÉREZ, *La revolución de las comunidades de Castilla (1520-1521)*, Madrid, 1977., p. 453, notas 11-12-13.

⁵⁹ PÉREZ, *La revolución de las comunidades de Castilla*, pp. 480-481.

⁶⁰ C. VIOLANTE, "Herejías urbanas y herejías rurales en la Italia de los siglos XI al XIII", en, J. Le Goff (compilador), *Herejías y sociedades en la Europa preindustrial (siglos XI-XVIII)*, Coloquio de Royaumont, 27-30 de mayo de 1962, Madrid, 1987, pp. 127-148, p. 140. Sería de interés rastrear otras pervivencias de esos representantes de un oficio en el moderno movimiento socialista. Por ejemplo, Hugo Haase, uno de los muy escasos dirigentes de extracción no burguesa en el marxismo de *Mitteleuropa* del siglo XIX, diputado del Reichstag en 1897 por la socialdemocracia, era hijo de un zapatero.

⁶¹ *Documentos de Sahagún*, N° 1567, año 1206, se mencionan "casas que sunt in Tenerias".

que es el punto de vista que ahora tratamos, y se refiere al orden global de los artesanos.

Trabajo manual e intelecto

En esto no podemos examinar con el mismo parámetro del no instalado. Éste era un rebelde con causa pero de rebelión indiscriminada, porque sus problemas afloraban por todas las partes de su vida. En los márgenes de un sistema que no dejaba de agredirlo, respondía con agresiones múltiples, como hicieron los pastorcillos de 1320 que atacaron a judíos, clérigos, señores y funcionarios de la Corona. Para estas personas sirve tomar en cuenta el contexto general, o para decirlo con una categoría del materialismo histórico, debe considerarse la formación económica y social. En los zapateros sediciosos, por el contrario, el problema pasa por observar el ámbito en el que transcurría su vida, es decir, el sistema de producción que los contenía y les proporcionaba su actividad; en esa práctica había condiciones para una reflexión distinta, de contenido político, sobre la cual aludió Hobsbawm. Es un aspecto de importancia porque hallamos aquí una de las primeras salidas de la inorgánica heterogeneidad del rebelde primitivo en reacción contra condiciones económicas⁶². Decir esto es precisar que no se consumaba esa salida por la búsqueda de organización comunal, como hicieron los burgueses, ni por la cumbre de eruditos que se inclinaban hacia el pueblo, como fue un Arnaldo de Brescia, sino a nivel del trabajador del oficio. Veamos aspectos de esa situación material delimitada que pudo favorecer nuevas formas de pensamiento social.

En tanto categoría socio profesional, el trabajador manual desarrolla una curiosidad por el procedimiento técnico, lo que constituye su validación social y su jactancia egocéntrica, y con ello sobreviene en él un deseo innato por instruirse en ese procedimiento, por ponerlo en claro empírica y especulativamente, para develar sus misterios dominándolo (que es a su vez el misterio que cautiva respetuosamente al profano que admira a su ejecutor)⁶³. Con ello el trabajo manual calificado establece las precondiciones del puro trabajo intelectual; el paso de uno a otro no era inusitado en otras épocas, cuando la división del trabajo no inha-

⁶² No la única; por ejemplo, el señor del paño reaccionó durante el siglo XV y principios del XVI contra el sistema de exportaciones e importaciones de Castilla, algo que hacía al funcionamiento global. Al respecto, ASTARITA, *Del feudalismo al capitalismo*, citado.

⁶³ W. SOMBART, *Der moderne Kapitalismus*, 1, Leipzig, 1919, pp. 203 y s.: reflexiones de gran interés sobre este "Mysterien" que hacía al arte de particular del taller doméstico ("die Baukunst").

bilitaba a la gente para que combinara diversas actividades. De hecho, ese tránsito lo hicieron muchos artesanos así como también los grandes artistas plásticos, aun cuando en la Edad Media y después esa unidad de teoría y práctica se vedaba detrás del prejuicio. Entonces se dividía rígidamente entre trabajo mecánico y trabajo intelectual, prejuicio al que contribuyó el humanismo apoyándose en testimonios de la Antigüedad⁶⁴. Pero esa fructífera actividad mutuamente condicionada no dejó de abrirse paso (los artesanos y obreros politizados fueron protagonistas del suceso), y todavía en la primera mitad del siglo XX, cuando el frenesí del *paper* no mutilaba habilidades prácticas, un universitario deslumbrante podía crear como historiador y como carpintero⁶⁵. La destrucción de esa unidad íntima entre práctica cerebral y manual es un resultado de la división capitalista del trabajo, al cual, curiosamente, se han plegado las concepciones obreristas anti intelectuales de los partidos obreros. Pero volvamos a nuestros antiguos artesanos (y entre ellos a los zapateros políticos) para ver que incluso esa conexión se establecía a otro nivel de la operatoria cognitiva.

La representación del objeto, derivada del carácter teleológico del trabajo artesanal, daba lugar de por sí al proceso abstractivo como recurso ordinario de vida, y esto se sitúa en las antípodas del sistema clasificatorio del pensar espontáneo, en la medida en que presupone que el individuo se reconcentra sobre el objeto. Desde esa reconcentración se está cerca de acceder a la abstracción sobre el objeto por sí mismo, como praxis reflexiva no ligada a un servicio práctico corpóreo, paso que sólo puede darse si otras condiciones para el pensar sistemático están dadas (como ser, desarrollo apropiado del lenguaje, existencia de desafíos intelectuales del medio, posibilidades cognitivas de cada uno, etc.). Por consiguiente, la fabricación del objeto habilita la abstracción como método general. Dicho de otra forma, el procedimiento no conduce a preguntar cuántas clases de justicia existen (enunciado de clasificaciones en superficie) sino a

⁶⁴ La imprenta tuvo que haber favorecido la constitución de las bibliotecas que se mencionan a continuación, que son un indicio de la inquietud cultural del sector. R. GARCÍA CÁRCEL, *Las Germanías de Valencia*, Barcelona, 1975, p. 173, bibliotecas de algunos de los agermanados conocidas por los bienes confiscados: "Diego de Trevinyo, mercader, torcedor de seda, poseía cincuenta libros; Joan Pérez, alias Galant, tratante de sedas, cinco libros, Andreu Domènec, farmacéutico, 47 libros, y Mestre Jaques, sastre, un solo libro". Sobre la lectura de los artesanos como rutina, ver, J. FUSTER, *Rebeldes y heterodoxos*, Barcelona, 1972, pp. 23 y s.; también es interesante indicar que el dirigente Joan Lorenzo no tenía ningún libro, pero ello no le impidió instruirse con la obra de Francesc Eiximennis, que estaba en la mesa del escribano de la Sala de la ciudad de Valencia. Ver también, P. BURKE, *El Renacimiento italiano Cultura y sociedad en Italia*, Madrid, 1993, p. 64, los hermanos Benedetto y Giuliano de Maiano, escultores florentinos tenían entre los dos 29 libros en 1498, la mitad religiosos, y entre los profanos figuraban Dante y Boccaccio.

⁶⁵ Se trata de José Luis Romero.

preguntar qué es la justicia, cuestión que conlleva el conocimiento crítico sobre la injusticia. Significa entonces sacar el pensamiento de lo que existe en tanto variedad para reconducirlo a esa unicidad esencial que presupone el ser en tanto ser, y que apareció con los inicios filosóficos en el diálogo platónico de Laques con Nicías. Notemos que esta reconcentración sobre el objeto (sobre el ser), que lleva a la ontología espontánea, al oponerse al sistema clasificatorio, y que puede verse como un mediador conceptual, o sea, como una variante de la lógica formal, se opone al mecanismo elemental de pensamiento de una sociedad dividida en clases estamentales y para la cual la taxonomía era requisito existencial. Allí donde todos se ordenaban según un sistema jerárquico, y se pensaba en la escala de los objetos tanto como en la graduación de las personas, salir del sistema clasificatorio era un logro del pensar crítico. Era la posibilidad contenida en la faena del artesano. Pero el proceso no moría en el cielo especulativo, porque esa tarea del artesano estaba destinada a una circularidad que realimentaba pensamiento luego de que éste pasara por la materialidad del objeto (el lugar donde se contempla el pensamiento realizado).

Al respecto se ha dicho que la obra del artesano medieval era semi artística. En muchos casos podría ahorrarse el matiz que la desvaloriza para descubrir una índole artística que proporcionaba así una objetivación durable de la más alta expresión del pensamiento, aun cuando ello no fue reconocido inmediatamente, ya que costó mucho desprenderse del prejuicio sobre las artes mecánicas. Esto se dio principalmente en las obras que se destinaban a los miembros de la clase de poder, aun para muchas que eran de uso cotidiano, y no sólo en los paños. Cuando el patriciado se asentó, también fue adoptando esas pautas de consumo como símbolo de estatus. Al respecto, la función utilitaria que cumplía el objeto en nada anulaba su carácter artístico, como resultado de un trabajo especial. En este nivel de consideración, nos acercamos a la pintura sobresaliente que hoy seguimos admirando, y que esclarece acerca de ese servicio práctico de los objetos en general, porque todo el arte se destinaba a un rol de definida utilidad, y la mejor pintura cumplía funciones combinadas de tipo religioso, pedagógico, político, mágico, etc.

Lo que se dice aquí respecto a las más elevadas manifestaciones del intelecto y de la habilidad de los artífices medievales, puede repetirse para otros artesanos no comprometidos con un consumo tan refinado. En cualquiera de los casos interesa pensar que el proceso de fabricación otorgaba la oportunidad de un círculo virtuoso de pensamiento construyéndose en un doble sentido, porque se hacía materialmente y se reconstruía con ese apoyo material como nuevo pensamiento. Surgía entonces una praxis de pensar en relación con el medio; un medio que era a su vez construcción civilizada.

La representación mental del objeto a fabricar favorece entonces el paso a la abstracción que forma sistemas de conceptos, y ello se vincula con

representaciones de la realidad deseada. Ese esquema programático, aun en sus imperfecciones, es el paralelo a la representación del objeto como diseño de una realidad a construir. En esta figura social, trabajo manual y trabajo intelectual se fecundaban mutuamente para que nacieran esos zapateros políticos de los que habló Hobsbawm. Desde ese punto de partida puede evaluarse el inmenso saber humano que expropió el capital en su largo proceso de subordinar todas las ramas de la producción, fenómeno secular que llevó a los *Modern Times* de Charles Chaplin. Esa película nos enseña “visiblemente” que el intelectual crítico proletario sólo es concebible si se alecciona en las escuelas (formales o no) del socialismo, es decir, fuera de la producción mecanizada que reduce al obrero a un movimiento no racional de la racionalización económica. El crítico disidente del pueblo precapitalista era, por el contrario, concebible como una derivación sofisticada del trabajador manual que debía enfrascarse creativamente en su producto⁶⁶.

A modo de conclusión

Eric Hobsbawm ha dejado una “obra abierta” que inspira al medievalista. Aquí se retomó sólo uno de sus temas más conocidos, y con él se desplegó el análisis. Hay otros: sus reflexiones acerca de Marx y las formaciones económicas precapitalistas, la relación intelectual y política de Gramsci y otros teóricos italianos con el movimiento comunal, la invención de la tradición, concepto que permite pensar en minoridades con sus inventos étnicos o raciales, formación de la alteridad y manifestaciones subalternas⁶⁷. Estas menciones nos señalan que su obra íntegra enriquece nuestras reflexiones.

⁶⁶ Estas reflexiones deben mucho al proceso que Marx describe en el primer tomo de *Das Kapital*, aunque prevengo que no se encontrarán referencias directas. Marx otorga aquí el contexto histórico problemático para elaborar la cuestión concreta. Ver también, complementariamente, J-P. SARTRE, “Respuesta a Claude Lefort”, en J-P. Sartre, *Problemas del marxismo II, Situations VII*, Buenos Aires, 2005, pp. 5-77, p. 24.

⁶⁷ E. HOBSBAWM, “Introducción”, en K. Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*, Córdoba-Argentina, 1971, pp. 9-66; idem, “Gramsci and Political Theory”, *Marxism Today*, julio, 1977, pp. 205-213; E. HOBSBAWM y T. RANGER, *La invención de la tradición*, Barcelona, 2005.